



TODOTIEMPO PASADO


ALVARO CASTILLO

ALVARO CASTILLO

(extracto: Primera Parte)

TODO TIEMPO PASADO

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

INDICE

Prólogo

I. La familia

La vieja Concepción

Paseos de domingo

El tío Federico

El regreso

El merodeador

El infierno

El fundador

El ritual

Enlaces

PRÓLOGO

Hubo un momento en que pude creer que esta novela era mía. En cierto modo tortuoso, yo era el autor.

El libro creció junto con la adolescencia de Álvaro Castillo. Allá, por sus dieciocho años, se trataba del borrador de un cuento, de una muerte y un abuelo. La inteligencia literaria tiene la debilidad de ser inocultable. Álvaro me traía nuevas versiones con mucha fe en el no nacido libro y en mi opinión. Implacable, yo comentaba e incitaba. A los seis meses, más o menos, Álvaro Castillo insistía con otra visión de la muerte de su abuelo. Haciendo memoria, en aquellas tentativas mató dieciséis veces al viejo señor. Aunque no creo que lo haya logrado nunca.

Álvaro Castillo se vino a España y gocé de un par de años, libre de fantasma.

Pero también yo vine, estoy, y el abuelo, tan viejo amigo de la muerte, me estaba esperando, tan puntual como su frecuentada amiga.

Sin embargo, ya no se trataba del ansioso boceto de cuento, sino de una novela madura, asombrosamente bien escrita y construida. Éste es el libro que me atrevo a prologar, llamando la atención de los miopes.

Juan Carlos Onetti
Madrid, mayo de 1975.

A mi mujer

A.C.

Creo que el recuerdo más antiguo que conservo es el de la vieja Concepción que me llama con los brazos abiertos en la luz del mediodía en el salón grande, sus brazos como antenas de un radar girando por instinto, moviéndose por borrosas percepciones hacia donde yo estaba y su voz oscura que pronunciaba mi nombre con un susurro salivoso. La vieja siempre se sentaba en uno de los sillones de falso gobelino, metida muy derecha entre almohadones.

De tardecita, todos nos reuníamos delante del fuego de la estufa a leña. Mi memoria se resuelve por el frío de la baldosa en mis piernas desnudas, por el horrorizado descubrimiento de que las llamas también daban sombra. Yo miraba con horror la sombra movediza de las llamas en el piso y seguramente arrojaba papelitos apretados y trocitos de pinocha hacia dentro del fuego, porque todavía de hombre me sigue gustando hacer lo mismo, sentarme delante del fuego chupando caramelos y tirando hacia las llamas bolitas de papel y pedacitos de pinocha.

Al atardecer –y siempre es el atardecer en el recuerdo-, en invierno –y siempre es el invierno-, el abuelo se inclinaba ceremonioso a mi lado para remover las brazas con el atizador de hierro. Yo tenía las manos, no sé cómo, encastradas con hollín.

Yo tenía las manos encastradas con hollín y mi madre me gritaba “No me toques”, girando hacia un costado en su silla de respaldo duro, huyendo de mis dedos tiznados, gritando “No me metas encima tus sucias manos” y girando en la silla con los pies en el aire y derramando la taza con tilo encima de su vestido celeste.

Yo tengo las manos encastradas con hollín y mi madre me ha golpeado la cara con toda la dureza descalabrada y metálica de sus dedos nerviosos y en seguida ella también se pondrá a llorar. Se alejará corriendo, con su vestido celeste, con su grito agudo temblando hacia lo alto, con sus piernas flacas tropezando en obstáculos imaginarios y mi abuelo, que ha dejado el atizador apoyado en los ladrillos de la chimenea, me revuelve el pelo con una mano caliente y por encima de mí, a mi espalda –lo sé, lo siento, es como si lo viera-, le guiña un ojo a mi padre que le responde con una sonrisa apagada que también es un poco para mí que sigo llorando porque mi madre, que ha dejado de correr y de gritar, que anda ahora perdida en los espacios

nebulosos de la planta alta, me ha pegado en la cara, y todavía me duele más que del golpe del sonido áspero de sus dedos en mi piel.

El abuelo ha sacado su pañuelo impecable del bolsillo del chaleco y me lo ha entregado.

-Limpiate esas manos, secate esas lágrimas, los hombres no lloran.

Y entonces el recuerdo regresa al frío de la baldosa en mis piernas, pero ahora-¿cinco años? ¿seis?- la sombra de las llamas en el piso ya no me causa horror. La miro simplemente, sin sonreír. Y me duele la mejilla castigada.

I. LA FAMILIA

LA VIEJA CONCEPCIÓN

La vieja alargaba hacia mí sus huesudos brazos poblados de venas azules y me llamaba. Tenía una vocecita remota y vibrante, algo así como el ruido lejano de una puerta mal aceitada que se abría o se cerraba. Yo me iba a los tropezones hacia dentro del cerco de aquellos dos brazos estirados, metiéndome de lleno en el olor, espiando curioso la larga nariz de gancho que surgía abrupta y empinada, una nariz como un perfecto corcovo de caballo, entre los lentes redondos. Me trepaba jadeando por los largos pollerones negros, prendiéndome del trapo con las uñas y, en un definitivo envión de jinete acostumbrado, me sentaba, me sentaba removiéndome en lo lato de la alta cordillera de las rodillas puntiagudas de la vieja, sumido como en un sueño en aquel olor vagamente vegetal, un perfume de sebos derramados, de sedimentos, de pasadizos oscuros y de claustros musgosos: el olor de los insondables años de virginidad o de las muchas virginidades sucesivas y acumuladas de la vieja. Era un olor duro y salobre, que se desgajaba, que se despegaba, que se arrancaba a tiras de la piel de la vieja como si fuera una costra.

Siempre andaba dando vueltas por los corredores y por los salones, la vieja. Le gustaba pasearse lentamente por aquellos lugares penumbrosos, dentro de formas, olores, sabores y vagos colores conocidos de memoria: la vieja era tan vieja como la casa misma, siempre había vivido entre aquellas paredes y ya se moriría sin salir de allí.

Yo estaba siempre atento esperando el rumor de la vieja, su inminencia, su proximidad. Era un rumor como de olas perdidas o como de remotos pájaros volando. No es que la espiera sino que la esperaba, porque era todo un espectáculo verla irrumpir como un espectro o como una vieja diosa inmortal en desgracia desde lo hondo de un corredor con poca luz, verla acercarse con esa suavidad casi tortuosa de los ciegos, con esa blandura un poco pegajosa de animal de pantano, un brazo estirado hacia adelante, el otro tanteando en la pared y el ras ras ras de los pollerones negros levantando polvo del suelo.

Saber que yo la veía a la vieja pero que ella no podía verme a mí. Mirarla pasar a mi lado con los ojos bien abiertos y con la boca desdentada mascullando finales de plegarias.

Una tarde la esperé escondido en un recodo de un corredor y la asusté.

-Bú.

La vieja aflojó las rodillas y girando en el aire se cayó de espaldas sin un grito. Su cabeza sonó duramente en la baldosa y sus ojos se quedaron muy abiertos y muy blancos, con las pupilas tragadas por los párpados. Yo pensé que se había muerto y corrí y grité. Tuvieron que reanimarla con sales.

La vieja se llamaba Concepción Barcarce, era tía de mi abuelo, tenía entre ciento dos y ciento cinco años cuando se murió y había sido rubia y alta y, según algunas viejas fotografías amarillentas de unos álbumes familiares, muy hermosa, con esa belleza un poco desabrida de matrona antigua. A mí, sin embargo, por su nariz empinada, por la flácida papada que le colgaba temblando en un redundún de péndulo loco me parecía que tenía cara de emperador romano. Una vez se lo dije y me tiró un bastonazo. No usaba bastón para caminar pero había heredado la colección de bastones de mi tatarabuelo y siempre tenía alguno a mano, para matar cucarachas. Sus oídos hipersensibles detectaban las patitas de los insectos que corrían de noche contra la pared y entre los muebles y zás: el bastonazo. Tenía una puntería endemoniada, la vieja.

A mí me pegó en la boca, reventándome un labio, y recién a la semana volvimos a hablarnos.

-Ten –me dijo, entregándome una redonda pastilla de menta-. Tienes que aprender a no decir cosas feas de los mayores.

Yo esperaba la hora de la siesta para ir a meterme en la pieza de la vieja, un cuartucho sin ventanas y con una lámpara de mesa siempre encendida. La lámpara estaba cubierta por una pantalla floreada y desflecada, con hojas de ceibo clavadas con alfileres a la tela oscura. Su luz era gris y sucia aunque con leves reflejos verdosos y rojizos que formaban figuras misteriosas en las paredes. Yo siempre estaba esperando ver el momento en que las figuras empezaban a moverse.

Recuerdo la cama estrecha apretada entre los roperos, el mármol veteado de la mesa con las puntillas, el desvencijado aparador con adornos de cristal y de porcelana, los dos espejos tapados con trapos negros –la vieja no quería verse la cara ni siquiera con el recuerdo de vista que conservaba-, la elevada silla mecedora, los tres grandes retratos ovalados que colgaban en la pared encima de la cabecera de la cama y el rosario de bellotas con una gran cruz de madera clavado entre los retratos. También recuerdo el ardor corrosivo del polvo encerrado desde hacía siglos entre esas paredes.

Yo me ponía a manosear algún libraco vetusto mientras aguardaba que la vieja terminara con sus milimétricas labores de puntilla. A veces, entre dos hojas de aquellos libros de tapas gruesas –algunos tenían cerraduras enmohecidas que ya no funcionaban-, yo encontraba una flor aplastada, una mariposa disecada, un viejo recorte de diario, una estampita de la Virgen de los Milagros, una cinta de terciopelo gastado y descolorido. Ya al principio sospechaba que la

vieja metía aquellas cosas allí sólo para que yo las encontrara, pero yo igual las observaba con una perplejidad minuciosa, con la incierta sensación de haber descubierto, y de tener entre mis dedos, algunos jirones de un tiempo olvidado, algo tan viejo y tan indescifrable como el principio mismo del mundo y del tiempo. Yo había oído hablar a la vieja de las carrozas con caballos, de las mujeres con sombrilla y los hombres con galera que paseaban tomados del brazo alrededor de la plaza con la fuente. Los fósiles, las reliquias, a veces olían, suavemente, a lavanda. Y a veces apenas a moho o a herrumbre. Yo los escabullía presurosamente en mi bolsillo y seguía mirando a la vieja.

Veía a la vieja meter y sacar sus dedos entre sus alfileres y sus palitos barnizados. Los alfileres tenían un remate de pedrería roja que se multiplicaba al entrar en la luz. La miraba manejar habilidosa los múltiples palitos y los largos alfileres haciendo crecer con sus dedos, en filigranas absurdas, la trama de la puntilla. Al verla ahí volcada sobre aquella especie de enorme huevo aplastado en las puntas en el que crecía y se desbordaba la puntilla, al verla con sus ojos casi ciegos tratando de descifrar los misterios del entramado microscópico, al verla inclinada y encorvada dentro de la luz difusa me parecía estar espiando a una comadreja desdentada, a un hurón hambriento, a un zorro, en cualquier caso a un voraz animalejo rampante con sus uñas filosas buscando alimento.

La vieja sacaba y ponía alfileres, entreveraba los palitos con los dedos haciéndolos sonar en el silencio polvoso. Seguramente aquellos dedos acostumbrados, aquellas yemas arrugadas y sin sangre sabían más de lo que había en la puntilla —de lo que había en el mundo al tacto de paredes, de vidrios y de cosas— que los ojitos arruinados con la sombra blanca de las cataratas recortándose alargada del lado de adentro de los lentes redondos. La vieja leía la puntilla con los dedos como si fuera un texto escrito en sistema Braille y, al terminar, se sacaba los lentes inútiles de un manotazo, se trasladaba a ciegas hasta su alta silla mecedora, entrelazaba los dedos contra el vientre y me contaba historias.

PASEOS DE DOMINGO

Los domingos, el abuelo se empilchaba como para el carnaval, el gacho hacia una oreja, la flor amarilla en el ojal, el bastón de caña flexible laqueada colgado de un brazo, los guantes amarillos, las polainas. Había sido un dandy mi abuelo antes de casarse (por dinero) y meterse en política (por aburrimiento) y dedicar sus horas de ocio —que día a día se fueron multiplicando hasta que el ocio ocupó su vida entera— al cultivo de flores raras en su invernadero y a

la lectura de viejos libros en latín. Sin embargo, ya en mis recuerdos más antiguos el viejo se emborracha majestuosamente con su porrón de whisky encajado en un dedo, ya usa aquellos dientes postizos que hacía sonar al reírse, ya los domingos se empilcha de lujo para ir a pasearse por el Prado, revoleando su bastón. Con mango de oro.

Después el abuelo ya me llevaba al Prado con él y entonces yo también tenía que empilcharme con lo mejor –recuerdo unos pantaloncitos de pana y un saquito marinero cruzado, con los botones dorados-, tenía que peinarme con agua y con la raya bien hecha a un costado, ponerme los zapatos de atar que eternamente me apretaban en los pies, probar sonrisas delante del espejo.

El viejo me agarraba de la mano con su guante amarillo y mi padre me metía unas monedas en el bolsillo para que yo me comprara caramelos y refrescos. El abuelo me agarraba blandito de una mano y me llevaba junto a él, sin hablarnos, los dos caminando despacio por las calles sombreadas de eucaliptos. Al acercarse a los paseos del Prado, el viejo se apartaba de mí y se soltaba de mi mano y se acomodaba el corbatín amarillo, el reluciente sujetacorbatas y el gacho, ladeándolo en la cabeza. Estiraba hacia los codos sus guantes perfumados, removiendo los dedos, con el bastón con mango de oro colgado del brazo y se miraba en mis ojos, agachándose, como si mis ojos fueran un espejo.

-¿Estoy?

-Estás.

Y seguíamos, yo feliz con mi plata que sonaba en mi bolsillo, con mi mano en una mano del abuelo, con mis zapatos apretándome los pies, esperando sólo que el abuelo empezara a sonreír y a mover la cabeza saludando a los conocidos a los sombrerazos.

La luz del sol entre los árboles, los viejos sentados en los bancos de cemento, mis propios pasos avanzando entre las piedras de los caminitos que se cruzaban entrando y saliendo, subiendo y bajando, retorciéndose en un lento y apretado juego laberíntico. El abuelo que saludaba a los conocidos, que se atusaba los bigotes, que se detenía un momento a conversar con algún otro viejo, revoleando con aspavientos su bastón –con mango de oro- y encendiendo en una prestidigitación de mechero, lumbre y humo uno de sus nefastos cigarrillos brasileños. Mi abuelo que miraba a las mujeres jóvenes con unos ojos de viejo afectuoso aunque detrás de la mirada, aunque detrás de los ojos, aunque detrás de los cuidadosamente descuidados ademanes, aunque detrás de la cauta, aunque detrás de la meliflua, fácil, apacible sonrisa de viejo cariñoso y comprensivo, aunque detrás de todo aquel complicado camuflaje se escondían una voluntad escindida, un pasado glorioso, el amor de una cupletista, una vieja operación a la próstata, una viudez temprana. Todo eso.

Mi abuelo que me soltaba de su mano y me empujaba, presuroso y distraído, hacia los árboles y los pastos y yo que me iba corriendo a entreverarme con los demás niñitos bienvestidos que jugaban entre los setos y los canteros. Los niñitos malvestidos nos hacían muecas y nos tiraban piedras desde el otro lado de un camino de pedregullo y unos canteros sin flores. Nosotros no les hacíamos caso, nos empujábamos y corríamos por puro aburrimiento, cada cual vigilando y gozando del aburrimiento de los demás, empujándonos y riéndonos sin ganas cuando mi abuelo ya había ido a sentarse en alguno de los bancos de cemento o de piedra entre otros viejos.

Los viejos siempre eran los mismos viejos, aunque se alternaban, don Ramón, don Eulogio, don Carlos, don Jenaro, don Plinio, don Irazoqui, don Gregorio, don Zamudio, como figuras de un caleidoscopio. Cuando alguno de los viejos dejaba de aparecer por algún tiempo nosotros ya sabíamos aunque no decíamos nada: RIP.

Todos los viejos en silencio apoyando los bastones en el suelo, las manos en los pomos de los bastones, el mentón en las manos en los pomos de los bastones, el mentón en las manos apoyadas en los pomos de los bastones apoyados en el suelo: así miraban libremente a las mujeres y se codeaban comentando formas, texturas, redondeces y colores, creyéndose que nosotros, jugando, los niños, no los veíamos. Pero nosotros no jugábamos, los niños, sino que todo era un complejo simulacro de juego. Por aburrimiento.

Los niñitos malvestidos, con sus andrajos y sus crenchas mugrientas, nos tiraban piedras desde el otro lado del camino de pedregullo. A veces venía corriendo hacia ellos el guardián gordo, con su vara de mimbre en una mano, revoleándola, y el silbato en la boca. Los espantaba.

Nosotros no arrancábamos las flores ni le tirábamos piedras a nadie. No andábamos por ahí meando contra los bancos, asustando a los perros y a los gatos, pidiendo limosnas, haciéndoles zancadillas aparatosas a las viejas. Por eso nos dejaban jugar en el pasto y revolcarnos todo lo que quisiéramos entre los árboles. Pero a los niños malvestidos no.

Por eso venía el guardián corriendo y jadeando y agitando su vara de mimbre, haciéndola zumbar al revolearla por encima de su cabeza. Los niños malvestidos huían en desbandada con sus piernitas torcidas y con sus pies descalzos, haciendo muecas hacia atrás y a veces tirándole piedras al guardián también, con esa audacia un poco suicida de los desesperados. Se escondían atrás de los árboles, apretándose como sombras a la corteza rugosa.

Una vez uno le hizo una zancadilla al guardián, escondidito detrás de un ombú estiró la patita cuando el guardián pasaba corriendo con su vara de mimbre y con su silbato estridente. El guardián gritó al caer, al elevarse como un globo imposible y volar con los brazos abiertos hasta dar de cara en la tierra dura entre las raíces. Seguía gritando en el suelo, redondo y gordo y pataleando, sin poder levantarse, como una gran tortuga dada vuelta.

El abuelo y los otros viejos junto con algunas señoras y algunos señores bienvestidos que se estaban paseando tomados del brazo por los senderos sombreados se arremolinaron alrededor del hombre que se debatía con su gordura desparramada en el pasto y entre sonrisas lo ayudaron a levantarse. El hombre tenía los pantalones embarrados, la cara sucia de tierra, los ojos muy abiertos, rayones de sangre en las mejillas mal afeitadas. Estaba llorando entre la tierra empastada en su cara y entre la sangre, se le había quebrado su vara de mimbre, se le había perdido su silbato y ya nunca perdonaría la jugarreta que le habían hecho los niños malvestidos.

Desde ese día, en cambio de tocar el silbato –su nuevo silbato dorado, que llevaba colgado al cuello con una piola grasienta- para anunciarse, venía sigilosamente agazapado detrás de los yuyos y de los cercos de matorral y de transparentes y aparecía gigantesco y feroz entre los niños malvestidos. También les tiraba piedras.

Una vez uno de los niñitos malvestidos tropezó en las raíces de un árbol y se cayó. El guardián, que venía corriendo detrás con su vara de mimbre, con su silbato en la boca, con su vara de mimbre alta en un brazo, con su silbato dorado y agudo apretado entre los dientes, con su vara de mimbre que zumbaba en el aire, lo pateó sin dejarlo levantarse y bajó ferozmente la vara de mimbre y aflojó los labios alrededor del silbato y se rió y volvió a patearlo.

El abuelo se levantó, saltó por el cantero sin flores más ágil que un hombre joven, agarró por un brazo al guardián, lo dio vuelta en el aire y le pagó dos veces en la cara, en la boca, con la mano abierta. Los labios del guardián echaban espuma junto con la sangre: sus ojos afilados miraban al niñito malvestido que ya se iba corriendo, volviéndose cada tanto para hacer morisquetas. El abuelo le dio unas monedas al guardián y lo acompañó unos pasos, palmoteándolo en los hombros al empujarlo hacia afuera del pasto.

Los niños malvestidos nos tiraban piedras y nos insultaban hasta que una tarde Richie Beramendi llevó dos hondas de alambres reforzados y entonces nosotros pudimos cobrarnos nuestra venganza. Los corrimos a hondazos.

Entre los niños malvestidos también había niñas malvestidas que se levantaban las polleras y nos enseñaban las sucias bombachas rotas. Se acercaban a nosotros y nos sacaban la lengua, con las polleras subidas hasta el pescuezo, sacudiendo las caderas y el vientre en una grotesca imitación de bailarinas cabareteras, mostrándonos el ombligo, mostrándonos las costillas descarnadas y las puntas oscuras de los pezones.

Había una pardita motuda y altanera que nos soplabá besos, mirándonos a los ojos con sus ojos muy abiertos, brillantes y burlones.

Aquella tarde yo le apunté a la pardita a la cabeza con la honda y apreté los párpados al abrir los dedos que sujetaban la piedra puntiaguda. Sentí el silbido y el chasquido de la goma, el aire caliente de la piedra al salir despedida, el retemblar de los alambres retorcidos entre mis dedos

y, al abrir los ojos, la vi a la pardita, arrodillada en el suelo, encogiéndose, agarrándose al cabeza con las dos manos. Tiré la honda entre unos pastos y me senté bajo un árbol, con los codos en las rodillas y con el mentón en las manos, esperando que el abuelo de una vez me llamara.

El abuelo se levantaba y palmoreaba dos o tres veces. Se ajustaba los guantes, acomodaba el sombrero en un costado de su cabeza y adoptaba una pose entre de cafisho y de milico de esquina esperando que yo bajara corriendo despeinado, con las rodillas arañadas por los mordiscones de las piedras y con las piernas embarradas. Volvía entonces a tomarme de la mano y nos íbamos los dos, entre los saludos de los viejos al solcito, a sentarnos a una de las mesas con silloncitos de mimbre del “Prado Park”.

Una vez allí, yo me sorbía mi helado mientras el viejo, sentado entre otros viejos, se tomaba los tres o los cuatro whiskies que le convidaban. Hablaba monosílabos, sonreía con un relumbre amarillento y demoraba la bebida en una profusión de hielo y de agua de soda. Yo pensaba en mis cosas, que siempre eran secretos y casi siempre amargas, y balanceaba las piernas -recuerdo que mis pies no alcanzaban el suelo desde el elevado sillón- con mi helado en una mano, escuchando de a ratos, entre otros ruidos, a los viejos que hablaban de política y de muertos. Uno de ellos, don Everaldo, leía en voz alta los avisos necrológicos, acercando mucho sus ojos miopes al papel y pronunciando nombres, apellidos, condolencias y oraciones con una voz cargada de flemas carrasposas: siempre había conocidos o parientes. Cuando el viejo don Everaldo se murió no hubo nadie que recitara su muerte.

Y de vuelta a los paseos, el cigarrito brasileiro humeando como un alfabeto indio más arriba que mi cabeza, los ademanes ampulosos y soberbios del abuelo que saludaba a los conocidos y que sonreía ladeado disfrazando su borroso interés por las mujeres anónimas que se cruzaban con nosotros en los senderos.

Los niñitos malvestidos espiaban nuestro paso desde detrás de los árboles, de los setos y de los canteros, siguiéndonos en un silencio de indios fantasmales, pisando en la tierra y en la piedra con sus pies descalzos. Al abuelo lo respetaban –aquella barriga, aquellos bigotes- y además el viejo les daba monedas.

Todos se venían en tropel, andrajosos y sucios, se amontonaban chillando alrededor del viejo y estiraban las manos, abriendo mucho los ojitos hambrientos, murmurando súplicas y agradecimientos con sus bocas grasientas. Sin mirarlos, sin soltarme de su mano, el viejo dejaba caer algunas monedas y los dos seguíamos mientras los niñitos, a nuestras espaldas, se disputaban a los golpes y a los gritos el dinero.

A mí los niñitos malvestidos me hacían burlas y me sacaban la lengua. Una vez uno me pateó, me tironeó del pelo y me empujó al piso golpeándome en la barriga. Yo me levanté despacio, esperando que el abuelo alzara su bastón para espantarlos. Vi al viejo, en cambio, que

me miraba atusándose los bigotes con los dedos. Al acercarse, olía horriblemente a whisky. Sonreía. Me empujaba.

-Defendete, maricón, hacete hombre.

Yo salí lloriqueando, con los puños apretados contra la cara y los brazos pegados contra el cuerpo. No alcancé a ver nada. De pronto mi lengua estaba lamiendo el pedregullo y, muy arriba, el viejo se reía. Con odio lo miré sacar más monedas, contarlas, sonreír y ponerlas en la mano del que me había pegado. El abuelo me tocó en el cuerpo con su bastón, dos veces.

-Levantate, miedoso –me dijo-. Supongo que ahora irás aprendiendo.

Ya nos íbamos. El abuelo había vuelto a agarrarme de la mano y ahora tironeaba de mí con una especie de remota violencia.

-Algún día te harás hombre, carajo.

La mañana que se arrastra sin ruido en torno a nosotros, envolviéndonos aunque sin tocarnos, los caminos que dan vueltas entre los arbustos y los transparentes y el sol del mediodía que aprieta las sombras en el suelo. El ruido hueco de mis pasos en la piedra, en el pedregullo y en la grava y arriba, redonda, sonriente, colorada, bigotuda la cara del abuelo bien bebido y ya con hambre: una mano del abuelo desparramada contra la barriga con el pulgar enganchado de la cadena dorada del reloj. El bastón, con mango de oro, colgando quieto de su brazo.

EL TÍO FEDERICO

A veces nos acompañaba el tío Federico, caminando al tranquito con sus tímidos zapatos puntiagudos. Me acuerdo de los zapatos siempre blancos, siempre de lona, siempre porosos del tío. Me acuerdo de su nariz colorada y de de la bufanda gris que llevaba arrollada del pescuezo, en verano lo mismo que en invierno. Me acuerdo de su vocecita carraspeante y rastrera, de su manía contra el tabaco, de su miedo al alcohol, de su horror afiebrado a la muerte, de sus terrores temblorosos cada vez que había que cruzar una calle.

Tío Federico se agarraba fuerte de mi mano, antes de cruzar la calle, y miraba dos veces para cada lado antes de lanzarse corriendo. Me llevaba en el aire, como un viento, y llegaba a la otra vereda jadeando y amoratado, con la calva brillante por el sudor del miedo. Se ponía una mano en el corazón, alzaba la cara al cielo, entrecerraba los ojos y suspiraba fuertemente. Más lento, más gordo, más temerario, detrás, revoleando su bastón con mango de oro, acariciando la dorada cadena de su reloj, el abuelo reía.

A mí no me gustaba que el tío Federico nos acompañara. Siempre sentía a sus ojitos acechándome, vigilándome, atisbándome desde detrás de los árboles, desde el otro lado de los arbustos, desde los bancos de piedra con viejos encima, ocultos los ojos detrás de un diario desplegado o dentro de la sombra del ala del sombrero.

Muchos años antes de que yo naciera, unos anarquistas pusieron una bomba en la casa de tío Federico. Hicieron volar la puerta, las ventanas, un gato de angora y algunos floreros. Al tío lo encontraron los vecinos y los bomberos, debajo de un montón de escombros, con una mueca estúpida pegoteada, imborrable, en la cara. Desde entonces tío Federico siempre sufrió de temblores y de agudas catástrofes mentales. Les tenía pavor a los mendigos, a los curas, a los enterradores, a las gitanas adivinatoras de la suerte, a todos aquellos que por oficio, por vocación o por necesidad estuvieran emparentados de alguna forma con lo oscuro, con lo misterioso, con lo secreto.

Lo curioso es que el tío había sido anarquista él también en su juventud. Al cumplir los dieciocho se había ido de su casa embarcándose en un carguero que llevaba ovejas a Sudáfrica. Desertó en Tánger, vagabundó por las calles miserables de las ciudades y los pueblos costeros del África morisca, se enamoró de una enfermera sueca que murió en un bombardeo, traficó mujeres negras hacia los burdeles de las capitales del mundo, pasó hambre y sed en el desierto y ganó y perdió fortunas en los garitos subterráneos del África sahariana llenos de un humo denso y adormecedor. En sus cartas, me han contado, siempre siguió hablando de la libertad, de Proudhom y de las bombas. Las autoridades francesas lo metieron preso al fin y después de conocer la hediondez de una cárcel de Rabat mi tío fue deportado y repatriado de vuelta a su país. Su padre contrató a tres negros analfabetos y colosales para que lo esperaran en el puerto. Fue la única recepción que se le hizo.

El tío se defendió como un tigre, desenvainando un estoque que llevaba camuflado en el bastón, pero igual debió rendirse a la superioridad numérica. Le saltaron varios dientes, le patearon el estómago, le rompieron costillas y le arrancaron mechones sangrientos de pelo. Uno de los negros pagó con la vida. El tío lo dejó clavado a un árbol, con la empuñadura del estoque sobresaliendo de la barriga.

Salió del hospital, el tío, ya manso como un sonámbulo. También, y para siempre, le habían roto algo adentro. Su padre lo empleó como secretario de un ministro y su madre empezó a prepararle flanes, dulces y mermeladas para hacerlo engordar. Le pusieron dientes postizos, a los veinticinco años quedó calvo y a los veintisiete se casó.

La tía Elisenda tenía la cara siempre hollada por cuajarones de sangre coagulada. Sufría, desde niña, de una extraña enfermedad sin nombre que se cebaba en su carne estallando regocijada, en pústulas sanguinolentas, en su rostro. Con sus manos nerviosas, las uñas muy

afiladas, la vieja se arrancaba aquellas llagas dolorosas, convirtiendo a su rostro en un azar de heridas y de costras.

Siempre andaba la tía Elisenda cubierta por vendajes y esparadrapos, con la piel de las mejillas al rojo vivo por las habituales fricciones con esencia de mandrágora, de guaco y de beliel, con los ojos encandilados por la desesperación y el insomnio, con la boca palpitante y temblorosa por el ardor de aquel veneno de secreción interna que día a día la iba matando un poco. Unos decían que era la bilis rebotante –la envidia, los celos, la avaricia- y otros que era la mugre: la vieja era legendariamente sucia: en la familia se contaban historias fantasmales sobre la única vez que se había bañado.

Hubo un tiempo en que los dos –el tío sordo y temeroso y la tía costrosa, sucia, empolvada, perfumada y rezongona- venían a visitarnos todos los domingos. Yo los esperaba bajo el alero del porche, sentado en una silla o en la ruinosa mecedora de fierro, peinado al agua, recién bañado y con los zapatos de charol puestos. Salía corriendo hacia las vueltas del jardín –a meterme en las vueltas del sendero entre los árboles- al verlos aparecer en uno de los recodos, justo delante de la mesa blanca con la sombrilla desplegada al viento, los dos avanzando pero a la vez quietos, como una estampa antigua, dentro de la sombra de la higuera grande. Me hundía en el abrazo de la tía, en su olor a perfumes moribundos, a naftalina y a suave y falsa miseria. Salía mareado de asco y de alegría.

Sonriendo y tosiendo, horriblemente fea y torpe, la vieja sacaba caramelos de su bolso negro y me los entregaba. El tío me golpeteaba la cabeza con las puntas de los dedos y me decía cosas inexplicables como sueños con su voz gangosa y mustia.

La mortecina avaricia de la tía Elisenda. Yo todavía me la imagino con su pañuelo negro o gris tapándole la cabeza, con su nariz ganchuda asomando a la luz de un candil o de una vela mientras sus dedos delgados, voraces y torpes, cuentan y vuelven a contar monedas.

Al atardecer, un rato después del té con masitas, la tía Elisenda se ponía en pie, sacudiendo migas de su falda a su pañuelo. Hacía un nudo con las puntas del pañuelo, abría su cartera y guardaba en su interior el pañuelo arrugado, abultado de migas, amarillento y sucio, en el que se notaban, pálidas como espectros, las manchas añosas de la sangre. La vieja se sorbía los labios enmermelados y daba a su voz un tono áspero y afilado:

-Federico, a casa.

Prolongaba la vieja un ademán de impaciencia mirando a su marido. Lo observaba ponerse de pie con una fragilidad de vidrio ahumado y saludar: un beso a mi madre, un apretón de manos a mi padre, un coscorrón en mi cabeza. La tía nos besaba a todos, murmurando felicidades y buenos augurios, se colgaba del brazo de su marido, se acomodaba –si lo había llevado- el sombrero azul pinchado por largos alfileres con remate de nácar e iniciaba la marcha, moviéndose con un remoto ritmo militar, de sargento jubilado y achacoso: los hombros dere-

chos, la cabeza levantada, las piernas disparadas de punta a cada paso. A su lado iba el tío, cabizbajo, envuelto en su bufanda y caminando a los saltitos. El abuelo, ya borracho, los acompañaba hasta la puerta y después por el jardín –por las vueltas retorcidas del sendero del jardín– hasta la calle, contándoles historias obscenas y escandalosas con su vozarrón alcoholizado. El porrón de whisky encajado en un dedo.

-El dinero sirve para todo menos para comprar un lugar en el cielo –me decía la vieja Concepción.

Haciendo alarde de pájaros con sus largas manos ciegas, revoleando sus ojos ciegos, aguantando habilidosamente los postizos al reír, la vieja me contaba historias sucias sobre el tío Federico, la tía Elisenda y el dinero: que eran muy ricos y muy avaros, me contaba, y que se morirían igual, ricos y avaros.

-Al pobre tonto de tu tío el dinero nunca le ha servido para nada. Ni siquiera para emborracharse, como a tu abuelo.

La tía Elisenda, por su parte, se quejaba de la miseria. Y yo podía imaginármela –con aquella cara suya de ave rapaz que mi memoria a duras penas consigue borrar entre caricias, pegote de caramelos y de besos, saliva y olor– volcada hacia sus monedas, con sus manos avariciosas apilando en pilas iguales los redondos pedazos de metal, con sus lentes aplicadamente encajados en el salto de la nariz, con el gran pañuelo gris o negro tapándole el pelo del color de los ratones y ocultando a la indiscreta mirada de los espejos y de los gatos los cráteres supurantes de su piel.

Los tíos vivían en un caserón ruinoso, sin luz eléctrica y sin gas. Un caserón a punto de derrumbarse, lleno de recovecos polvorientos, con telarañas en los techos, con cuerdas con ropa colgada a secar en los dormitorios y en los salones, con gallinas y pollos famélicos picando maíz en el comedor, con algunos gatos sonámbulos y silenciosos que pasaban como sombras huesudas pegados a las paredes, con olor a meada de gatos, a mierda de gallinas, a mugre humana, a sangre coagulada y a flores marchitas. El tío Federico, dentro de su propia casa, andaba siempre con la cara alargada por el asombro, como si fuera un visitante, un eterno curioso o un extranjero.

Cuando murió, ya metido entre las flores en el lecho, el tío Federico seguía conservando aquella misma cara de asombro indecente, como si la muerte lo hubiera agarrado de improviso en un paraje desconocido. El tío se murió una tarde cualquiera, así, como un soplo, como el chasquido de unos dedos mojados, después de haber repetido en un tablero una famosa partida de ajedrez entre Capablanca y Lasker, después de haber mirado el cielo por una ventana, sosteniendo la frágil (de vieja) cortina entre dos dedos y parpadeando al sol implacable que se deshacía en chorros de luz quebradiza en la mugre grasienta del vidrio. Murió sentado, frente a

los ojos impasibles de su mujer, que bordaba. Murió en seguida de un bostezo, como si pensara que morir se –sorpresas aparte- también era adentrarse en un sueño.

La tía Elisenda (ella misma se encargaría de contarle) se levantó, le cerró los ojos a su difunto marido, volvió a sentarse y terminó su bordado. Después caminó catorce cuadras para llamar al médico. El médico llamó al abuelo y el abuelo nos llevó a todos nosotros. También llevó unas flores rojas, que arrancó con sus manos de su invernadero.

En la cama, entre las flores, con las manos entrelazadas en la barriga prominente, el tío estaba sin duda asombrado de haberse muerto, de encontrarse muerto justo allí, en ese caserón sin luz, sucio y maloliente. Los gatos hambrientos daban vueltas alrededor de la cama, maullando. Se trepaban a los muebles, arañaban las cortinas y orinaban un líquido tibio y baboso en los rincones.

EL REGRESO

El mediodía vacío del Prado. Los grupos de gente que iban dispersándose hacia las salidas, todo el mundo de vuelta a casa, a almorzar y a la siesta. Las campanas de la capillita de los franciscanos, las campanas de la gran iglesia de los carmelitas, las campanas lejanas, más severas y formales del colegio de los salesianos ya habían dejado de sonar llamando a las últimas misas.

En el viaje de regreso por los senderos vacíos, con los bancos de piedra despoblados de viejos, con los taludes de césped despoblados de niños –sólo, a lo lejos, a veces, las pandillas de niños malvestidos mendigando a los paseantes rezagados- el abuelo iba haciendo sonar las monedas en su bolsillo, iba silbando flojamente entre sus dientes postizos o tarareando desmemoriado y confundido, siempre volviendo a cuatro o cinco compases, algún tango monocorde o alguna vieja marcha militar.

Nos detendríamos los dos en un boliche, siempre el mismo –un barcito apretado por afiches y fotos de jockeys y caballos-, después de cruzarnos, sombrerazo va sombrerazo viene, con jirones de creyentes lentos y severos que volvían de alguna misa: los hombres vestidos de oscuro, las mujeres vestidas de oscuro y apretando misales nacarados entre los dedos; los hombres con sombreros en las manos y las mujeres con los velos de trama delgada doblados sobre los moños o sobre los sombreros. En el boliche, de pie contra el mostrador, silencioso y con los ojos brillantes –a veces la barriga le crujía de hambre-, el abuelo se tomaba un largo whisky. Uno más. Dejaba el sombrero encima del estaño y al terminar de beber, aún chas-

queando el regusto del whisky con la lengua y con los labios, se lo calzaba de un sabio manotazo seco.

El abuelo me agarraba de la mano, apretando con fuerza.

-Vamos.

EL MERODEADOR

Nunca supimos –yo por lo menos no lo supe nunca- qué estaba buscando aquel hombre que una noche saltó la tapia del jardín del fondo y empezó a escabullirse entre los árboles y los matorrales espinosos de nuestra casa.

Había luna, el abuelo y yo estábamos asomados a la ventana de su dormitorio en el piso superior y lo vimos primero, al merodeador, dibujado contra el cielo en lo alto de la tapia en el acto de saltar y en seguida corriendo agazapado por la enormidad del jardín, eludiendo los árboles, chapoteando en los charcos de la lluvia de esa tarde, lanzándose en paloma hacia dentro de los matorrales.

Yo grité.

El abuelo sonrió y se apartó de la ventana. Cuando volvió tenía el porrón de whisky encajado en un dedo y traía algo que abultaba en uno de los bolsillos de su largo saco deslustrado. El saco colgaba pesadamente hacia un costado. El abuelo olía a tabaco.

-Vamos a ver –murmuró.

Encendió uno de sus cigarritos brasileros, se recostó en el marco de la ventana y me guiñó un ojo. Tenía dos lucecitas en los ojos. Se llevó un dedo a los labios y me pidió silencio. Sacó una pesada linterna de adentro del bolsillo y me la dio.

-Enfocá los matorrales y encendela cuando te avise –me dijo, señalando con un dedo.

Puso el porrón de whisky en una esquina del marco de la ventana y también sacó un revólver de adentro del bolsillo. Desenganchó el tambor y acarició, con las yemas de los dedos, los redondos culos dorados de las balas. Hizo girar el tambor antes de reponerlo con un clac.

-Apagá la luz –murmuró.

En la penumbra me tomó de un brazo.

-Creo que no nos ha visto –distinguí su sonrisa-. Y si nos ha visto no importa.

Volvió a señalarme los matorrales, al fondo del jardín, contra la tapia.

-Apuntá en aquella dirección y encendé la linterna cuando yo te avise.

Bebió un trago del porrón enganchándolo del asa con el índice y apretando la boca picuda contra su boca. Un chorro de whisky le resbaló por el mentón: yo vi el líquido brillando contra su piel sudorosa en la luz mortecina de la luna, ahora escondida detrás de una nube.

-Sé dónde está –dijo el abuelo.

Apoyó la mano con el revólver en el marco de madera de la ventana, se encogió doblando las rodillas y disparó dos veces. Yo parpadeé, enceguecido por los fogonazos, con los ecos de los disparos retumbando en mis oídos.

-Ahora – murmuró el abuelo.

Yo no podía moverme.

-Ahora, ahora –me gritó.

Apreté el botón, resbaloso con mi sudor, de la linterna y, en el redondel de luz que iluminaba la tapia, vi aparecer a la silueta agazapada, con el pelo enmarañado, con unos redondos agujeros asustados –los ojos- que parecían comerle la cara entera, con unos ridículos pantalones de colorinches y con un saco sport a gruesas rayas quizás azules y rojas.

El hombre –el merodeador- tenía algo de payaso inofensivo e indefenso, algo de gángster de comedieta italiana, de showman de cabaret de cuarta categoría, de ínfimo don nadie. Lo vi zambullirse hacia lo hondo de los matorrales espinosos, imaginé su carne dilacerada por las espinas y, sin pensarlo, saqué mi dedo de encima del botón de la linterna en el momento en que los tres disparos consecutivos del abuelo quemaban silbando el silencio a mi lado.

Sentí, en las manos, el ardor del aire calcinado.

-Listo.

El abuelo dejó el revólver en el marco de la ventana. Levantó el porrón, encajándolo en un dedo, y bebió. De nuevo se le escurrió un poco de whisky a lo largo de la línea de la mandíbula.

En seguida escuchamos los pasos apurados en la escalera. Los dos nos quedamos mirando hacia fuera por la ventana hasta que la luz se encendió a nuestras espaldas. Mi padre estaba parado junto a la puerta abierta, con la camisa desabrochada menos el último botón de abajo. Se le veían los pelos del pecho y la cadenita dorada se balanceaba entre sus costillas. Tenía los pies descalzos.

-¿Qué ha pasado?

Yo ya estaba llorando y lo veía todo entre el flujo brillante de las lágrimas. Mi padre se acercó y sacudió al abuelo por las solapas del saco. Mi abuelo se desprendió de las manos que lo agarraban, volvió a levantar el porrón y se lo pasó a mi padre.

-Nada –murmuró, mirándose y mirándonos en su espejo mientras mi padre bebía.

-A Victoria le ha dado un ataque –dijo mi padre-. Balazos. Vos estás loco.

Entre mis lágrimas, mi padre tenía una sonrisa de sapo mirándose en un espejo deformante.

-La dejé tirada en el suelo –murmuró-. Pataleando.

-No pasó nada –el abuelo retiró el porrón de las manos de mi padre y volvió a beber-. Esta noche nadie sale de la casa. Por nada del mundo.

-¿Por qué?

-Porque yo no quiero –el abuelo puso el revólver encima de su cómoda y volvió a mirarse en el espejo, ahora para acomodarse los bigotes-. Nadie -repitió.

Yo no pude dormir en toda la noche y los demás, supongo, tampoco. Recuerdo haber escuchado los pasos inquietos de mi padre andando por el pasillo. Tres veces se abrió la puerta de mi pieza y tres veces yo me encogí adentro de las sábanas, cerrando los ojos y disfrazándome de sueño. Con el alba, el abuelo entró en mi pieza.

-Levantate y bajá –me dijo-. Te estamos esperando.

Tenía puesto su salto de cama azul, agujereado en todas partes por las brasas de sus cigarrillos brasileros. En los ojos se le veía que había estado bebiendo de su porrón durante toda la noche.

Salté de la cama, corrí al baño, me enjuagué un poco la cara y bajé en pijamas. En la cocina lo encontré a mi padre, también en pijamas, bebiendo su café. Yo también bebí un café con un chorro de leche y, cuando estiraba una mano hacia las tostadas recién hechas, el abuelo me advirtió que más me valía no comer nada. Supe, por lo que hablaban, que mi madre estaba durmiendo con somníferos y que la vieja Concepción andaba revoloteando por toda la casa, ciega como un pez de aguas profundas, moviendo los brazos y hablando sola.

-Sos un hombre –me dijo el abuelo, revolviéndome el pelo con una mano.

La sirvienta nos ofreció más café. El abuelo rechazó el ofrecimiento con un manotazo al aire. Escuchábamos los pasos de la vieja Concepción que venía. La vimos entrar y mirar directamente a los ojos del abuelo, como si de veras lo estuviera viendo. Sacudió la cabeza con una especie de desencanto burlón y se rió con su leve risa cascada.

-Valiente hazaña, Juanchín, valiente hazaña.

Salimos al jardín. Yo iba al final, pisando exactamente donde pisaba mi padre. Adelante iba el abuelo, con su salto de cama azul flotando al viento.

-Es mejor que te acerques y lo veas –me dijo.

El muerto había sido un hombre viejo, con el pelo gris y sucio, con un bigote colgante con las puntas casi metidas adentro de la boca abierta y con unas ropas apretadas que parecía como si no hubieran sido suyas nunca. De veras tenía aspecto de payaso en funciones o de diminuto y mínimo tahúr. Estaba hundido en los yuyos espinosos, con la cara asomando entre

dos matas, con los ojos bien abiertos. Apretada en una mano –los nudillos transparentes- tenía una pistolita matagatos.

-Ahora tenemos que llamar a la Policía –dijo el abuelo-. No hay más remedio.

EL INFIERNO

Volvíamos del Prado, a la hora del almuerzo, cuando vimos venir a la siervita negra, corriendo a los saltos hacia nosotros, con su boca tan abierta que parecía querer tragarse todo el viento de la mañana. Venía corriendo entre la gente con las manos apretadas a los ruedos de las polleras y con la boca abierta en un solo grito, en un maullido, en una nota de final de ópera, en una letra, una a o una e o una o que seguramente hacía nacido en sus pulmones cuando la negra empezó a salir exhalada de la casa, una letra horriblemente gritada que había ido creciendo como un monstruo deforme en el camino y que se prolongaba, a o e u o, ya con vida propia, ya ajena al aliento jadeante de la negra, ya despegada de los lagrimones espesos que rebalsaban su cara de fruta pasada, ya libre de la cavidad redonda y dentada de su boca en el momento en que la negra se detenía junto a nosotros, el grito descolgado en el aire, y estiraba las manos como si se estuviera ahogando y quisiera agarrar o arrancar oxígeno del aire con las uñas y el abuelo primero la sacudía casi con dulzura, después la golpeteaba sin violencia en los cachetes y terminaba golpeándola con fuerza con una mano varias veces mientras seguía sacudiéndola con la otra como a un sonajero gigantesco.

-Qué pasa, mierda, qué pasa.

Volvimos, yo y el abuelo, caminando apresurados entre los viejos que calentaban sus huesos al sol, entre los niños que jugaban en el pasto, entre los señores y las señoras que paseaban tan tranquilos tomados del brazo.

El abuelo, que ya no podía correr a causa de los años y de su corazón fatigado, iba saludando a los sombrerazos –la buena educación antes que nada- con unos ademanes lineales y secos como de película muda, a sus muchísimos conocidos.

La negrita había salido como una exhalación delante de nosotros y ya la habíamos perdido de vista hacía rato cuando doblamos la última esquina y nos topamos con la ambulancia estacionada frente a la puerta de la casa.

Un hombre con guardapolvos blanco fumaba indolente, recostado contra la puerta del vehículo: miraba a una rubia que venía y pasaba y seguía, frunciéndole los labios.

Entonces yo corrí.

Yo atravesé corriendo el jardín, pero al ir subiendo los escalones de mármol me di cuenta de que no quería entrar, de que no me atrevía, de que me daba miedo meterme en la penumbra de la casa y preferí quedarme allí esperando, bajo la sombra fresca del alero, mirando las manchas de las moscas y del moho en lo alto de la pared.

Al poco rato sacaron a mi madre cara al cielo en una camilla, sus ojos cerrados y sus labios muy apretados, una gorra ridícula en la cabeza. Estaba pálida y parecía, con sus huesos afilados reluciendo al sol, una especie de esqueleto de utilería. Uno de los enfermeros que llevaban la camilla me guiñó un ojo al pasar. Estaba mascando chicle.

-No te preocupes –me dijo-. Todo se va a arreglar.

El abuelo ya venía por el camino de grava, con el sombrero en la mano, como si hubiera muertos dentro de la casa, y con una expresión de asombro dolorido en la cara tumefacta de alcohol. Ya me tocaba a mí en la cara con dos dedos temblorosos y todo su cuerpo y el aire que lo encerraba oían al tabaco venenoso de sus cigarritos brasileiros.

En el comedor encontramos a mi padre sentado en uno de los dos desvencijados sillones de muelles, con la botella de grappa delante de los ojos y con un vaso rebosante en una mano. Tenía los ojos opacos y fijos en una mirada mortecina, y toda su habitualmente regia estampa, su pañuelo rojo en el bolsillo, su ambo blanco a la medida, su otro pañuelo también rojo colgando del cogote, se había estropeado irremediablemente.

Había como un flujo malsano e irrestañable que llenaba el comedor, ascendiendo y palpitando.

Yo recién en ese momento me puse a llorar, sin verdadera tristeza, y subí corriendo a mi pieza para no tener que soportar los consuelos, las caricias, las frases a media voz que podrían hacerme y decirme aquellos dos hombres absurdos, torpes e ineficaces.

Mi madre había tratado de cortarse las venas con una navaja de afeitar. Se las había cortado, de hecho, pero poco y mal. La negrita la había encontrado con un brazo metido en una palangana enturbiada de sangre, la cara con los ojos cerrados consumida por la almohada de plumas, la palangana chorreando rojo al piso desde la inestable mesa de luz, el cuerpo magro tragado por las manchas de colores de la frazada.

Diez días después mi madre estaba en casa de nuevo, con la bolsa de agua caliente encajada entre las piernas, con la taza de tilo en una mano, con el chal de crochet envuelto por los hombros, sus dedos revolviéndose en los agujeros del tejido.

Me acuerdo del sanatorio, la casa de locos. El infierno puede ser blanco y aséptico, con diablasas fugaces que caminan como bailarinas rusas, sin levantar los pies del suelo, deslizándose igual que sobre patines. Enfermeras rubias –demonios dorados- con chorros de pelo asomando por debajo de la cofia contra las orejas.

Había en el sanatorio un hombre gordo y desastrado que hacía veinte años que estaba ahí adentro. Sus hijos habían pagado para declararlo insano –era insano- y seguían pagando para tenerlo encerrado entre las tapias altas con alambres electrificados y detrás de las ventanas con barrotes cruzados. Eso sí, bien atendido y bien alimentado. Una vez por mes le mandaban una prostituta disfrazada de enfermera y una vez por semana una caja de bombones envueltos en papel de seda con el remate de una gran moña celeste o roja o amarilla, de celofán. Una tarjetita: “Besos. Anselmo y Cándida.”

El hombre recorría el jardín con un tranquito de pájaro rengo y recogía todo lo que encontraba a su paso. Tenía los bolsillos rebosantes de puchos, de escarabajos muertos, de clavos torcidos y de hojas secas. Cuando encontraba una moneda o una tapa de refresco se ponía a cantar y a bailar. Caso contrario andaba triste, con la vista fija en el suelo, tropezando y trastabillando con sus zapatones deslustrados y desatados.

Mi madre se sentaba al sol en una silla alta, aparte de los demás, con las muñecas vendadas y la cara pastosa y macilenta por los choques eléctricos y el tratamiento del sueño –sueños felices por vía intravenosa-, con su taza de tilo en una mano y la boca chupada en una mueca de desconfianza altanera. Todos los días nos escribía larguísimas cartas que nos daba en la mano cuando íbamos a visitarla. Pero no nos hablaba una palabra.

Después, de vuelta en casa, nos explicó que había estado muy ofendida.

-Haberme metido ahí, entre todos esos locos –decía.

-Los electroshocks –le decía a mi padre el abuelo, como si lo supiera por experiencia personal- son una especie de silla eléctrica a plazos. A tu mujer le habrán venido muy bien.

EL FUNDADOR

La vieja Concepción me llamaba a su pieza para contarme historias. Me escuchaba pasar por el pasillo frente a su pieza y se ponía a golpear fuertemente con el bastón en la perta entreabierta.

Yo empujaba la puerta, atisbaba hacia lo oscuro y entraba. Sentarme en la sillita de tres patas mirando al gran bicharraco ciego –un insecto despavorido, una abeja reina moribunda- que apuntaba hacia mí con su bastón era como salir de un sueño para meterme en otro.

Yo andaba, por cierto, todo el día como apresado en una pesadilla, pensando en mi madre cada vez más loca, con su cara de pajarraco descarnado, tratando yo de encontrar alguna forma de lástima o de remordimiento y sin hallarla: yo pensaba soluciones absurdas y misterio-

sas para resolver los problemas del dinero, andaba viviendo un poco como los personajes de los novelones que me daba el abuelo: Jean Valjean, el abate D’Herblay, Rocambole: los curiosos monigotes sombríos de las ilustraciones de los polvorientos libracos que el abuelo dejaba a mi alcance dentro del olor a perfume masculino, a whisky, a encierro, a polvo acumulado, a tabaco espeso y rancio de su escritorio.

Yo andaba planificando estafas y secuestros, de repente me convertía en Robin Hood o en Dick Turpin y corría, a los sablazos con las sombras, por los corredores vacíos.

La vieja esperaba que yo terminara de acomodarme en su pieza y se revolvía en sus trapos negros y en su crujiente mecedora antes de empezarme a hablar. A veces me pedía que le fuera a buscar un vaso de agua o que le alcanzara, del cajoncito de su mesa de luz, el paquete con sus pastillas de menta. Su cara afilada señalaba hacia mí —la nariz prominente, el mentón puntiagudo— y sus ojos ciegos parecían espíarme camuflados por la ceguera.

Las historias que más me gustaban eran las del viejo Bartolo, el fundador, el abuelo de mi bisabuelo. Hay algunas que todavía las recuerdo de memoria. Casi podría repetir palabra por palabra y silencio por silencio las palabras y los silencios siempre iguales de la vieja.

Los dos estábamos sentados en la penumbra sin sombra y sin reflejos de la habitación.

Las luces apagadas, los dos espejos cubiertos por los mortuorios paños negros de bordes deshilachados.

Las manos de la vieja, sus dedos, en el silencio previo, iban y venían, perdiendo la cuenta, en las vueltas y revueltas de las borlas de un viejo collar de vidrios de colores que llevaba colgado del pescuezo: avanzaban y retrocedían, aquellos dedos, tanteando a ciegas en las finas aristas del vidrio mientras más arriba la boca se movía sin sonido, la lengua terca y reseca apareciendo y desapareciendo entre las encías despobladas de dientes o entre los dientes postizos.

Yo esperaba.

Ya a mis nueve años la vieja me contaba aquellas historias a las que su voz de cacatúa milenaria otorgaba un aire de misterio viciado y gris, de cosa amorfa encerrada entre paredes. No sé por qué las historias, siempre, las morosas historias de mis antepasados, tenían un fondo de mezquindad mezclado con cierto aire de grandeza.

—Siempre fuimos una familia de locos —decía la vieja.

Por lo que sé —y todo lo sé por la vieja— el viejo Bartolo era una alimaña artera y sibilina, con un gusto casi refinado por la crueldad.

En la foto, en la única foto que se dejó sacar de viejo, ya muy viejo, lo que más me impresionaba del viejo Bartolo eran sus gruesos labios sensuales y sus redondos ojos saltones, como de figura embalsamada.

Yo me lo imagino por la noche, sentado envuelto en mantas que olían a caballo en un banco de tres patas al borde de un camino de tierra entre árboles con ramas como brazos. Me lo imagino con una hachuela filosa en una mano, esperando al fantasma.

Podría contar la historia —ésta: la del fantasma- empleando las mismas palabras que la vieja, calcando a la vieja hasta en sus gestos, en sus ciegas sonrisas y en su olor a tumba abierta.

Pero no.

Pero resucitar la voz, la cadencia, los ademanes de la vieja hablando de su abuelo me parece un oscuro desafío, algo así como andar revolviendo en féretros con huesos. Y a mí nunca me agradaron los cementerios.

El fantasma era un mulato taimado, seguramente nieto de esclavos, que se disfrazaba con una sábana y se subía en unos zancos para salir por las noches a robar y a asustar. Robaba caballos y dinero de las fincas que rodeaban las murallas de la vieja ciudadela, y asustaba a las mujeres y a los peones crédulos, aullando y agitando los brazos bajo su disfraz.

Una noche el fantasma tuvo la desgraciada idea de robarle dos caballos al viejo Bartolo Balcarce.

Los peones de la quinta, que habían huido aterrorizados al ver venir al fantasma caminando por arriba de los rescoldos humeantes de una fogata, lo describieron gigantesco, con los ojos llameantes entre los huesos de la calavera, con el cuerpo o lo que fuera encerrado en una aureola fosforescente, con los pies que andaban por el aire sin apoyarse jamás en el suelo. Dijeron que era un insepulto, un hombre asesinado por la espalda, un ajusticiado inocente, un degollado, un fusilado, uno de los muertos de la última masacre de las guerras civiles, un general traicionado, una luz mala. Contaron que gemía al venir avanzando y que llevaba un puñal sangriento en la mano.

-Los fantasmas no roban caballos —dijo el viejo Bartolo.

Lo esperó sentado en un banco enclenque, envuelto en sus mantas con olor a heno y a bosta, apretando entre los dedos una pequeña hachuela bien afilada. A sus pies, en un pozo en la tierra, el mate. Y delante, calentándola las suelas de las botas, un fuego discreto para hacer hervir el agua. Esperó durante seis noches, entre los árboles, fumando unos cigarros retorcidos que nunca se quitaba de la boca.

Al fantasma se lo vio venir de lejos; el viejo Bartolo, entonces, apagó el fuego con el agua de la caldera, tiró al suelo su cigarro, se puso de pie, apretó la hachuela hasta dolerle los dedos y aguardó. Lo abrió al fantasma al medio de un hachazo: en vez de apuntar abajo lanzó el hacha por encima de su cabeza, golpeando justo en la barriga, más alta que sus ojos, del hombre subido en zancos.

El viejo se cobró los dos caballos robando de un bolsillo un dinero que el fantasma había robado poco antes. Después vendó como pudo la herida del mulato, le dio de beber unos mates, lo ató al tronco de un árbol y lo azotó treinta veces. Lo dejó solo en la noche, a los gritos, desangrándose y helándose bajo la laminada mirada fría de los ojos redondos y fríos de las sabias lechuzas.

Un piquete de guardias rurales recogió al mulato moribundo a la mañana siguiente. Se lo vendó y curó y se lo hizo desfilar por las calles de la ciudad. Al final lo encerraron en una jaula, a la vista del público, en medio de una plaza. La gente lo escupía y le tiraba manías.

Una noche el mulato escapó, con la complicidad de una mulata, y desde entonces no volvería a saberse nada de él.

El viejo Bartolo conservó la sábana con sangre y muchos años más tarde, cuando la mancha de sangre ya había adquirido una obscena color terrosa y un fétido olor a muertos, la colgó en el salón de su casa, para enseñarla orgulloso a sus pocos amigos y a sus numerosos enemigos. También contaba la historia, sin exagerar y sin mentir.

La voz del viejo Bartolo, me contaba la vieja que le habían contado a ella, era misteriosamente dulce y suave y su acento, a pesar de los años que llevaba en estas playas, seguía siendo indescifrablemente extranjero. Lo mismo pudo haber sido italiano que holandés o finés: sus rasgos no revelaban su origen geográfico, pero demostraban cierta semejanza alarmante con las pinturas diabólicas de los oscuros maestros prerrenacentistas de Alemania y de Italia.

Nadie supo nunca de dónde había venido el viejo Bartolo y él nunca quiso decirlo, ni siquiera a su mujer ni a sus hijos.

-Tal vez vino de la noche –me decía la vieja-. O tal vez viniera del infierno.

El viejo Bartolo había aprendido a sumar y a restar al empezar a hacerse rico con el tráfico de pieles y con el comercio de cuchillos, del mismo modo que por la misma época había aprendido a firmar con su nombre completo y a leer en voz alta, letra por letra, el lenguaje de los edictos, de las ordenanzas y de los decretos. Se había inventado un nombre casi genialmente anodino, Bartolo, y un apellido falsamente vasco, Balcarce.

Al mismo tiempo, mientras iba envejeciendo y casi sin que él se enterara, había comenzado a fructificar su leyenda, silenciosa y apagada, una ingeniería macabra de suposiciones, de sospechas, de dudas y de temores; la leyenda de que nadie nunca haya sabido nada concreto del viejo ni haya conocido un solo hecho, un solo nombre, un solo lugar que lo vinculara a alguna forma del pasado.

Lo único que se sabía del viejo era que había venido a bordo de un barco más o menos bucanero, que se había enrolado entre piratas en alguna ciudad brumosa del otro lado del océano y que había bajado en esta otra ciudad sin saber dónde estaba pero dispuesto a quedarse, a enriquecerse, a tener hijos y nietos y a morir aquí: ya se estaba haciendo viejo.

A veces, de pasada y entre risas, el viejo Bartolo hablaba de la Revolución Francesa como si hubiera tomado parte. Hablaba sonriéndose, sonrojándose, burlándose un poco de sus propias habladurías, tomándoles el pelo a la vez a la verdad y a la mentira. Sin proponérselo se había inventado un misterio, hoy todavía duradero.

El viejo vivía con su mujer, con sus hijos y con sus nietos en un pavoroso caserón de terrones que había sido refugio, fortaleza y calvario de malones campesinos en las guerras de la independencia. Allí había vivido siempre y seguiría viviendo allí hasta morir.

En sus últimos años, empero, como si fuera el prisionero de una manía senil, al viejo Bartolo se le ocurrió construir una casa nueva y contrató arquitectos y obreros y eligió un terreno cenagoso cerca del arroyo Miguelete y se sentó a esperar que, lentamente, la casa estuviera terminada.

El viejo vigilaba día a día las obras de construcción, sentado en un banco junto a su hijo mayor –mi tatarabuelo- y a su nuera mayor –mi tatarabuela-, que estaba preñada, a los cincuenta y siete años, por duodécima vez. Los tres chupaban del mate y comían bizcochos caseiros.

Los demás hijos del viejo y casi todos sus nietos –legítimos e ilegítimos- se habían dispersado por el mundo y ya muchos estaban enterrados bien profundo bajo tierra apisonada. El viejo se quejaba de estar solo, con su hijo mayor, con su nuera, con una hija loca que se paseaba desnuda por los trigales, con unos cuantos nietos pendencieros e indiferentes –mi bisabuelo era el mayor, era el peor de todos- que preferían las putas de puerto a los dudosos placeres del hogar. El viejo no les hablaba y los amenazaba violentamente, esgrimiendo su bastón. Pensaba, decían, suponían, que la casa que se estaba construyendo volvería a unir a la familia, a los vivos y a los muertos; ya su mujer y dos de sus hijos, asesinados por los portugueses, habían sido trasladados, con polvo y gusanos, al predio donde, lenta e inexorablemente, iban creciendo los muros de la casa nueva.

Sin embargo, el viejo no alcanzó a ver la casa terminada.

Murió sentado al solcito de mayo, envuelto en mantas, endurecido de años y sudores, metido entre su nuera preñada y su hijo silencioso y bigotudo, apoyadas las manos en el pomo de su bastón, sus ojos mirando a los negros y a los mulatos trabajar. El mismo día en que se estrenaba la casa –cuando ya los restos mortales del viejo terrible habían sido trasplantados como abono al jardín del fondo, donde crecería, del fosfato de sus huesos, un árbol retorcido y fragoroso, con florcitas celestes: el jacarandá- nacía su décimosegundo nieto, la primera nieta, Concepción, La Niña.

Los ocho hermanos vivos de La Niña, mucho mayores que ella, sus padres, la tía loca, los sirvientes, dos matrimonios de negros que habían sido esclavos, varios nietos ilegítimos y un miliciano borracho de la ciudad festejaron, bebiendo, el acontecimiento.

Todos, en uno o en otro momento, miraron con los ojos asustados la única foto de viejo, que los miraba patilludo, ceñudo, mal afeitado y huraño desde encima de una pianola que nadie en la casa sabía hacer funcionar.

La vieja creció con la casa que su abuelo –sin saber- había construido para ella. Conocía, memorizados por la infancia, por la adolescencia, por la espléndida y contradictoria madurez de matrona virgen, por la decadencia, por la menopausia, por la vejez, por la decrepitud y por la ceguera todos los rincones, todos los secretos, todos los milímetros polvorientos de la casa.

La vieja Concepción contaba sus historias hamacándose vanamente en su mecedora, a sus ciento dos años, a sus ciento cinco, timonel misterioso, sabiéndose la única dueña, la exclusiva y absoluta propietaria de esta casa que había nacido con ella y que moriría o se transfiguraría –en hotel, en pensión, en burdel- cuando ella se muriera.

EL RITUAL

Por los nervios, contra los nervios, para combatir el insomnio, para aplacar los ahogos y los espasmos que le reventaban como granadas silenciosas detrás de las costillas, para calmar a su corazón dolorido que martilleaba un líquido maligno e incansable por la hidrografía caliente de sus arterias y sus venas, para vencer el miedo diurno y para derrotar al terror nocturno, el tilo, por no llorar y para no gritar, un remedio universal, el té de tilo.

El rito, la ceremonia, el sortilegio, la magia: mi padre que iba todos los jueves (yo a veces lo acompañaba) hasta el negocito de una vieja que nos vendía el tilo macerado a la vista. Mi madre que tomaba entre sus manos la bolsa de estraza y metía dentro la nariz y olía y sus ojos destellaban al asomarse de nuevo a la luz; su cara brillaba sedosa al aprobar con lentos cabezazos. Mi abuelo que se reía sin atreverse del todo a la burla con su porrón con whisky encajado en un dedo. La vieja Concepción que a veces, por pura malicia, daba algún diagnóstico erudito sobre el color de las flores, el grosor de las hojas, la dureza de los tallos y el colorido preciso –precioso- de la infusión. La sirvienta –tantas sirvientas igualadas por el tiempo- que preparaba la infusión hirviendo el agua en una caldera de aluminio, contando con los dedos los quince segundos justos de hervor, vertiendo despacio el agua dentro de un cuenco de barro, haciéndola chorrear humeante contra las paredes de barro del cuenco, tapando el cuenco después con un trapo previamente humedecido al vapor y calculando en el reloj de péndulo del comedor –yendo y viniendo- los veinte minutos exactos de infusión, colando el tilo al trasvasarlo a

otro cuenco de barro y recién entonces poniéndole azúcar, catorce cucharadas, y revolviendo, catorce por catorce ciento noventa y seis veces con una cuchara de cocktail.

El tilo lo guardaban, de nuevo bien tapado, en la heladera, porque a mi madre le gustaba y porque a mi madre le hacía bien tomarlo helado.

Mi madre siempre andaba con la taza de tilo en la mano y por las tardes, ya nerviosa por el tránsito del día, temblando por el frío, dejaba caer la taza entre llantos y gritos.

Incluso en lo más tórrido del verano andaba mi madre envuelta en el chal de crochet que le había regalado la vieja Concepción, metiendo los dedos en los agujeros del dibujo del tejido y apretando la bolsa de agua caliente, la boca de goma roja sobresaliendo como un clítoris monstruoso, entre sus piernas, con la taza con té de tilo en la otra mano.

La mujer que nos vendía el tilo era una viejita arrugada que se movía a los saltos como un ratoncito curioso. Tenía dos dientazos que asomaban entre sus labios con un relumbre amarillo y los ojos pequeñitos de roedor incrustados como cabezas de alfiler entre los surcos y las hendeduras pastosas de su cara de pergamino viejo: era una crusa de ratoncito doméstico y de conejo salvaje y asustado. Siempre llevaba puesta la misma ropa, un amplio vestido campanudo, con flores estampadas, casi juvenil. Se ría entre dientes hablando sola y moviendo en el aire sus bracitos de pájaro indefenso, revolviendo los bracitos dentro de las mangas muy amplias del vestido. Parecía que estaba siempre hilvanando conjuros, con su boca que retemblaba velozmente, sin saliva. Yo en el fondo sabía que era una bruja.

La vieja aplastaba el tilo dentro de un mortero de piedra, lo recogía con una larga cuchara de madera y lo iba dejando caer dentro de una bolsa de papel de estraza.

-Uno cincuenta.

Mi padre le pagaba con billetes y le dejaba un poco de propina, goteando en la manito arrugada algunas monedas.

-Gracias, señor, muchas gracias.

Doblaba los billetes, sacaba una bolsita menuda y crujiente de adentro del escote, la abría, metía dentro los billetes, la cerraba y con sólo dos dedos volvía a introducirla en su prisión de huesos. El escote era alto hasta los ángulos de la mandíbula y estaba rematado con un broche redondo con una redonda piedra opaca.

Yo miraba los estantes con potes llenos de yuyos, con lagartijas momificadas, con sapos metidos en frascos con formol, todo tan limpiecito y tan ordenado, un olor renuente a alcanfor y a hierbas medicinales, vagos colores grises y ocre, una especie de rincón inviolado, casi una forma de la pureza.

Me sentía limpio por dentro al salir al aire de la calle, al empezar a respirar todos los demás sabores, al volver, con mi padre, de la mano de mi padre, caminando los dos por la vere-

da de la sombra en el verano, por la vereda del sol en invierno.

A veces nos metíamos en un boliche a beber un vaso de agua o un refresco.

Mi padre llevaba la bolsa con el tilo en una mano y no la soltaba nunca. Una vez, ya hacía años, se había encontrado con unos amigos o con una mujer o sencillamente con sus propias ganas matutinas de beber en algún oscuro boliche del trayecto y había vuelto a la casa muy tarde, borracho, despeinado, ojeroso, sin el tilo.

Mi madre había pasado la noche entera en un llanto y desde entonces no habían vuelto a dormir juntos. Por eso ahora mi padre llevaba la bolsa con el tilo bien apretada entre los dedos de una mano como si le hiciera falta sentir el rugoso contacto de papel de estraza pegoteado en su sudor para no perderse irremisiblemente en el laberinto tentacular de los boliches, de las mujeres que lo miraban, de los amigos con los que se cruzaba en el camino: el largo camino de regreso.

Y siempre había boliches con sus ventanas sucias de dedos y de humo por el camino.

Y siempre había alguna mujer que lo miraba sonriendo a mi padre: también el viejo les sonreía a todas con aquella cancha, con aquella pose estudiada y tristona de galán maduro.

Y siempre nos cruzábamos con algún amigo, porque en el barrio todo el mundo lo conocía a mi padre. Sin embargo, a mediodía, a pesar de los boliches, de las mujeres y de los amigos siempre estábamos de vuelta los dos con el tilo.

Mi padre le entregaba la bolsita de papel de estraza a mi madre, suspiraba aliviado dándole la espalda a mi madre y, haciendo gestos y muecas de burla, sacaba un pañuelo impecable del bolsillo de atrás del pantalón y se secaba las manos sudorosas metiendo la tela fría y perfumada entre los dedos.

Mi madre olía el tilo y se lo pasaba a la sirvienta.

El abuelo se reía haciendo gárgaras pastosas con el whisky, el porrón encajado firme en el invariable meñique.

Todos los jueves se repetía la misma escena, con una monotonía perfecta y casi terrible.

Hasta que un día la vieja –la bruja- se retiró del negocio para irse a morir a una casita que había comprado en el campo. Vendió sus lagartijas momificadas, sus sapos en formol, sus tarros de especias exóticas y sus gastados conjuros en latín, puso un cartel en la puerta, cerró la puerta con dos vueltas de llave, tiró la llave en una alcantarilla, miró un momento la suave monocromía de la calle arbolada y desapareció.

Desde entonces mi madre tuvo que encargar su tilo a una botica cualquiera. La planta venía en bolsitas de celofán y ya olía distinto. Ya era otra cosa.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

alvarocastillo.net